



Monumento a Miguel Gerónimo Gutiérrez en el parque La Pastora, Santa Clara

# El movimiento político y cultural en Las Villas previo al alzamiento de 1869: poetas en la revolución

Yenifer Castro Viguera  
ESPECIALISTA EN GESTIÓN DOCUMENTAL



## Resumen

En el presente artículo se aborda el panorama cultural en Las Villas en cuanto a la gestación de los ideales independentistas que condujeron al Alzamiento de 1869, sus principales hitos respecto a la educación, el establecimiento de imprentas y periódicos locales, la fundación de sociedades filarmónicas y liceos, así como la obra de algunos poetas de la región. Posteriormente se estudia la poesía que concibieron en la manigua, durante la Guerra de los Diez Años, poetas y versificadores naturales de Las Villas, sus características, motivos y temáticas, incluyendo la de índole patriótica. Entre los poetas de mayor relieve en el periodo figuran el santaclareño Miguel Jerónimo Gutiérrez, el cienfueguero Antonio Hurtado del Valle y Ramón Roa, natural de Cifuentes.

**Palabras clave:** poetas villareños, panorama cultural en Las Villas, Guerra de los Diez Años, Miguel Jerónimo Gutiérrez, Antonio Hurtado del Valle, Ramón Roa

## Abstract

This article addresses the cultural sphere in Las Villas, Cuba, regarding the gestation of the independence ideals that led to the 1869 Uprising, its main milestones regarding education, the establishment of printing presses and local newspapers, the foundation of philharmonic societies and lyceums, as well as the work of some poets of the region. Subsequently, the poetry that poets and versifiers of Las Villas conceived in the jungle, during the Ten Years War, its characteristics, motifs and themes, including that of a patriotic nature, is studied. Among the poets of greater importance from Las Villas in the period, are Miguel Jerónimo Gutiérrez, Antonio Hurtado del Valle and Ramón Roa.

**Keywords:** Poets from Las Villas, cultural sphere in Las Villas, Ten Years War, Miguel Jerónimo Gutiérrez, Antonio Hurtado del Valle, Ramón Roa

Los poetas y la poesía villareña durante la Guerra de los Diez Años constituyen un ámbito que puede ser abordado a partir de varios campos del conocimiento, incluyendo los estudios filológicos, históricos y sociológicos. Al respecto, Virgilio López Lemus ha puesto de relieve el estrecho nexo entre poesía e identidad e, incluso, el aserto de que “la historia de la nación cubana puede seguirse en sus versos”.<sup>1</sup> Parte de la temática se inscribe en el círculo más amplio de la poesía patriótica que se cultivó en toda la Isla —y sus exilios—, sobre todo desde los albores del siglo XIX. Sin embargo, ni el universo de la poesía patriótica se agota en los cantares de gesta, ni toda la lírica que surgió en los escenarios de guerra estuvo signada, absolutamente, por la beligerancia independentista.

Las coordenadas de la manigua configuraron el trasfondo de una variedad de motivos poéticos. Entre estos ocupaba un sitio de honor el tema patriótico y el sentido de la contienda: la separación política de España. El espectro incluía, desde triviales versos de circunstancia, hasta la dolorosa incertidumbre de un reencuentro amoroso o la gravedad de la muerte. Sin embargo, más allá de la valía, en términos literarios, de las composiciones, interesa a los fines de este artículo el modo en que la creación poética daba cuenta de la realidad circundante, de las corrientes de pensamiento, de la historia misma que iba informando —dando forma— al ser cubano.

Resulta relevante la concepción de poesía que primó durante el siglo XIX en la Isla, particularmente para los hombres y mujeres vinculados al estallido insurreccional de 1868. La valoración social del verso, dentro de las élites culturales y entre los sectores preteridos, tendía a ser elevada y reverente. Ello se aprecia, verbigracia, en la inclusión de secciones de poesía en numerosas publicaciones, los cenáculos, el mecenazgo, las iniciativas para manumitir poetas esclavos, entre otros elementos. Las circunstancias de la dominación española también resultaban propicias a la creación poética, como alternativa para paliar y trascender la crítica realidad.

En la manigua, esta preferencia se trocó en necesidad, tanto para quienes sentían vocación de creadores —poetas o versificadores— como para lectores u oyentes. Se convirtió en modo de socializar y resistir, arena de combate, vía para la sobrevivencia espiritual en medio de grandes penurias y peligros. Entre otros espacios, José Martí intuye que “la rima, que entretiene el dolor, fué en los largos descansos de la guerra tarea de enfermos y de heridos, ó piedad con que el poeta animaba al ejército hambriento y desnudo”.<sup>2</sup> Esta aseveración figura en el prólogo de *Los Poetas de la Guerra*, antología que publicara el veterano espirituario Serafín Sánchez, en 1893, bajo el sello de Patria.

Varios precursores de la independencia fueron aficionados o incurrieron, con desigual fortuna, en el

<sup>1</sup> Virgilio López Lemus. *Doscientos años de poesía cubana*, Editora Abril, La Habana, 1999, p. 30.

<sup>2</sup> Ápud [Serafín Sánchez]: *Los Poetas de la Guerra. Colección de versos escritos en la Guerra de Independencia de Cuba*, Edición de Patria, Imprenta América, New York, p. X.

ámbito de la lírica. El propio Carlos Manuel de Céspedes concibió versos de cierto lustre, aún antes del Grito de Demajagua. La imagen del prócer bayamés Pedro Figueredo, sobre su cabalgadura, anotando a vuelapluma la letra —ya compuesta con anterioridad— del que sería nuestro Himno Nacional, ilustra la conjunción entre poesía y gesta patriótica que tuvo lugar en los tiempos liminares de la nacionalidad. En Oriente y Camagüey hubo poetas que se levantaron en armas contra la metrópolis o cumulgaron con los ideales de libertad; incluso mujeres, como la principessa Sofía Estévez. Luis Victoriano Betancourt, poeta y periodista habanero, se incorporó a la insurrección en la expedición del *Galvanic*, a fines de 1868.

De Las Villas figuraron poetas de cierta relevancia, tanto en la Junta Revolucionaria que propició la insurrección como entre quienes se incorporaron a sus filas. En este sentido, sobresalen el santaclareño Miguel Jerónimo Gutiérrez y el cienfueguero Antonio Hurtado del Valle, este último conocido como el Hijo del Damují, en honor al río que atraviesa la región. Ramón Roa, natural de Cifuentes, fue otro bardo en campaña y sus versos gozaron de excelente acogida. Otros menos conocidos, como José Botella y Juan de Dios Coll, también estuvieron entre los cultivadores del verso. Asimismo, no dejó de florecer entre los combatientes la poesía ocasional y anónima.

La incursión de poetas y versificadores villareños en la Guerra de los Diez Años tiene sus antecedentes en el ambiente político-cultural que se



Antonio Hurtado del Valle

fue configurando en la región durante tres siglos coloniales. Posteriormente, a través de las seis primeras décadas del siglo XIX, se experimentó en Las Villas la instauración de la imprenta y de periódicos locales y cierto desarrollo de la educación, así como el auge de tertulias literarias, sociedades y encuentros vinculados a estos fines, que propiciarían la extensión y profundización de la poesía entre diversas capas sociales. Se iba gestando, además, una conciencia patriótica que, aún con vaivenes políticos, tendría como resultante el independentismo. Ambos aspectos encontrarían su confluencia en los campos de Cuba Libre, con los alzamientos protagonizados por los villareños, a partir del 6 de febrero de 1869.

## El panorama político-cultural villareño en las primeras décadas del siglo XIX

La región histórica de Las Villas abarca los asentamientos que quedaron establecidos en el centro de la Isla al concluir el proceso de colonización hispana. Su nombre, su condición jurisdiccional y sus demarcaciones, sufrieron sucesivos cambios durante el periodo colonial. Alejandro de Humboldt, tras sus visitas a Cuba en el primer lustro del siglo XIX, da cuenta de la complejidad de la división territorial implantada por las autoridades españolas, pues esta difería según se tratara del ámbito político-militar, de rentas, eclesiástico o judicial. En cuanto a la división político-militar, existían dos gobiernos: La Habana y Cuba; este último relativo al territorio oriental. A La Habana estaban adscritos los distritos de Las Villas, entonces llamadas Cuatro Villas, que eran Trinidad, Sancti Spíritus, Villaclara y Remedios.<sup>3</sup>

En general, desde finales del siglo XVIII y hasta el despuntar del XIX, así se denomina y compone el territorio de Las Villas, como se constata en la obra de Jacobo de la Pezuela, quien afirma que el término Cuatro Villas se refería a “las poblaciones en conjunto” de los citados distritos.<sup>4</sup> Además se empleaba, en sustitución de Cuatro Villas, la expresión “Cuatro Lugares”; mientras que el topónimo de Villaclara era equivalente en el uso al de Santa Clara.

Sagua la Grande y Fernandina de Jagua —Cienfuegos— fueron fundadas en la segunda década del siglo XIX. Cienfuegos recibió la condición de villa en 1830 y, catorce años después, Sagua también devino jurisdicción independiente de Santa Clara.<sup>5</sup> Quedó así configurado, a grandes rasgos, el espacio político-social de Las Villas antes del estallido insurreccional. La región incluía también territorios que en la actualidad son parte de las provincias de Matanzas, en la zona de la Ciénaga de Zapata, y de Ciego de Ávila.

Estas acotaciones permiten significar que se trataba de un territorio no unificado ni homogéneo, integrado por varios núcleos poblacionales, en los que se desarrollaron rasgos económicos y culturales de cierta peculiaridad. De manera general, durante las seis primeras décadas del siglo XIX, Las Villas experimentó relativos avances en la educación y la presencia de imprentas y periódicos locales. Asimismo, fueron habilitados algunos teatros, a veces improvisados, y se fundaron asociaciones con carácter cultural. Allí los criollos gestarían una tradición de pensamiento liberal e independentista que tuvo su plena expresión en la contienda de 1868.

Santa Clara había sido fundada en 1689, cuando ya contaban más de un siglo Trinidad, Sancti Spíritus y el asentamiento de Remedios. La también llamada ciudad del Bélico, se encuentra ubicada “en el centro

<sup>3</sup> Alejandro de Humboldt: *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*, Casa de Joles Renouard, París, 1827, p. 92.

<sup>4</sup> Jacobo de la Pezuela: *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba*, T. I, Imprenta del Establecimiento de Mellado, Madrid, 1863, p. 214.

<sup>5</sup> Manuel Dionisio González: *Memoria histórica de la Villa de Santa Clara y su jurisdicción*, Imprenta del Siglo, Villaclara, 1858.



geográfico de Cuba”,<sup>6</sup> factor que incide en su relevancia geopolítica. En la esfera de la cultura, su desarrollo fue incipiente durante el siglo XVIII. En 1831, llegó por primera vez la imprenta a la localidad y, con ella, el primer periódico, bautizado como *El Eco de Villaclara*, cuyo último número viera la luz en 1856. En cuanto a la educación, resultó una de las primeras figuras la maestra Nicolasa Pedraza y Bonachea (1770-1867), quien impartió la enseñanza elemental desde finales del siglo XVIII y hasta su muerte. Entre sus discípulos y admiradores figuraron varios iniciadores de la insurrección en Villaclara. Hacia la mitad del siglo XIX, este ámbito recibió un discreto impulso con planteles como el del poeta Eligio Capiro (1825-1859), quien pudo despertar entre sus alumnos el gusto por el género literario. Según García Garófalo, “la juventud que floreció hasta el principio del año 1868, le es deudora de su instrucción”.<sup>7</sup>

La ciudad del Bélico fue la cuna del primer poeta criollo del que se tienen noticias: José Surí y Águila (1698-1762), un campesino que llegó a dominar el latín e incursionar en la materia de historia sagrada. En el siglo XVIII se conocen otros dos villaclareños que cultivaron la lírica: Lorenzo Martínez Avileira (1722-1782) y Mariano José de Alva y Monteagudo (1761-1800), de quienes se conservan escasas y modestas composiciones. En las primeras décadas del siglo XIX algunos poetas y versificadores alcanzaron cierta no-

toriedad, sobre todo a partir del surgimiento de otras publicaciones periódicas, como *El Sagua*. También se instauraron, en 1856, *La Alborada* y *La Guirnalda Literaria*,<sup>8</sup> así como el *Progreso*, que solo tuvo un número. Al año siguiente, vieron la luz *La Amapola* y *El Agustino*. Otras publicaciones de esta índole fueron *El Central* (1860), *El Alba* (1862) y *La Época* (1866).<sup>9</sup>

En *El Eco*... había trabajado como tipógrafo y publicado sus versos el poeta matancero Gabriel de la Concepción Valdés, Plácido. Mientras estuvo residiendo en Villaclara, Plácido cultivó amistades dentro del círculo de aficionados a las letras, a quienes agradeció en versos las atenciones recibidas.<sup>10</sup> Las circunstancias que rodearon a la Conspiración de la Escalera y el fusilamiento del poeta matancero, en 1844, impactaron el clima político y los afectos de sus allegados en Villaclara.

Con certeza, lo mismo ocurrió respecto a Narciso López, pues sus conatos insurreccionales habían suscitado admiración entre quienes ya acariciaban ideas separatistas, aún cuando estuvieron dirigidos, principalmente, hacia la anexión a Estados Unidos. López había sido gobernador de Las Villas, con sede en Trinidad, entre finales de 1841 y buena parte del año siguiente, hasta que fue destituido por el Capitán General Leopoldo O’Donnell. En esta época mantuvo estrechas amistades no solo en Trinidad, sino también en Cienfuegos y el resto de las jurisdicciones.

<sup>6</sup> Hernán Venegas Delgado: “La formación de las regiones históricas en Cuba (una propuesta de periodización)”. *Contrastes. Revista de Historia*, No.12, 2001-2003.

<sup>7</sup> Manuel García Garófalo: *Los poetas villaclareños*, Imp. J. Arroyo, La Habana, 1927, pp. 38-46.

<sup>8</sup> Luis Marino Pérez: *Biografía de Miguel J. Gutiérrez*, Editorial Hércules, La Habana, 1957, pp. 24-25.

<sup>9</sup> *La Época* fue fundado y dirigido por Eduardo Machado y Salvador Domínguez, se publicó hasta principios de 1869, seguramente a causa del estallido insurreccional en la región.

La Mina de la Rosa Cubana, conspiración dirigida por el venezolano entre 1847 y 1848, tenía su núcleo en Las Villas, particularmente en Trinidad. Su objetivo también era la anexión, vinculada por demás a intereses esclavistas; pero como movimiento político podía capitalizar las aspiraciones netamente separatistas, con respecto a España, que estaban ya gestándose en ciertos sectores sociales. En definitiva, se trataba de tentativas contra el yugo colonial, por lo que tendrían el apoyo moral de quienes pretendían sacudirlo, con independencia de los fines políticos ulteriores de unos y otros, aún no definidos del todo en esta etapa liminar de la nacionalidad.

Por ello, el desembarco y ataque a Cárdenas llevado a cabo por el propio López, en 1851, también estuvo geográfica y políticamente próximo al ambiente de rebeldía que se iría gestando en algunos puntos de Las Villas. En las acciones figuró un villaclareño, Luis Eduardo del Cristo, quien más tarde tuvo cierta participación, junto a su hermano Juan Nicolás del Cristo, en los preparativos insurreccionales para el alzamiento de 1869. Visitaba Santa Clara, “cada 3 ó 4 años”, ocasiones en que era agasajado e invitado a una comida en casa de Miguel Jerónimo Gutiérrez.<sup>11</sup>

A pesar de que los móviles de López eran, en buena medida, ambiciones y resentimientos personales, su coraje

y determinación de lucha le propiciaron cierta aureola de heroísmo; sobre todo tras su ejecución, en septiembre de 1851. Durante el resto del siglo XIX, el venezolano gozó de alta consideración entre los cubanos independentistas, especialmente en el centro del país. Estos factores permiten entender las razones de los villaclareños para alzarse, en febrero de 1869, bajo la bandera que él enarbolará. Incluso, fue el propio Eduardo Machado, miembro de la Junta Revolucionaria de Villaclara, el que proporcionó el estandarte de esa jornada y quien, en Guáimaro, pidió que constituyera esta la enseña de la República.<sup>12</sup>

Ya en el siglo XX, Morales y Morales establece un parangón entre los líderes villareños de 1869 y sus predecesores: “el día 7 de febrero de 1869, las Villas se lanzarían á desafiar viril y heroicamente el inmenso poder de España (...) á la manera que antaño lo hicieron para auxiliar á Narciso López, los de aquella inolvidable legión de esclarecidos patriotas que en 1851 siguieron á Isidro de Armenteros, Fernando Hernández Echerri, Rafael Arcís, Ignacio y Francisco Pérez, Juan O’ Bourque y otros”.<sup>13</sup> Salvando las distancias, esta percepción primó en el movimiento revolucionario, basada en la coincidencia en la necesidad de cortar los vínculos con España por ambos grupos que desafiaron el poder colonialista.

<sup>10</sup> En su obra *El Veguero. Poesías Cubanas dedicadas por Plácido a sus amigos de Villa Clara* (Matanzas, 1941), Plácido escribe: “Yo os he visto, he recibido / mil atenciones y gracias, / de vuestros padres y amigos, / que nunca esperé alcanzarlas, / más de un año há, no veo / por mi mal vuestras moradas, / y aún suena en mi corazón / El Eco de Villa Clara”.

<sup>11</sup> Luis Marino Pérez: Ob. cit., pp. 36-37.

<sup>12</sup> Eduardo Machado Gómez: *Autobiografía de Eduardo Machado Gómez*, Universidad de la Habana, Habana, p. 3; Luis Marino Pérez: Ob. cit., p. 67. Quien confeccionó la bandera fue la camagüeyana Inés Morillo Sánchez, vinculada a los conspiradores de Villaclara.

<sup>13</sup> Vidal Morales y Morales: *Hombres del 68. Rafael Morales y González*, Imprenta y Papelería de Rambla y Bouza, La Habana, 1904, p. 156.

En cuanto a la poesía villaclareña decimonónica, en el quehacer de las primeras generaciones aún no se advierte el agravamiento de la situación política. De estas formaban parte, entre otros, Juan Lorenzo Vila, Camilo Valdés Veitía, Emilio Pichardo, Manuel Cecilio Blanco y Manuel Dionisio González, quien sería también historiador. A su amigo Miguel Jerónimo Gutiérrez le dedicó un extenso poema bucólico, publicado en *Cuba Poética*, en 1859, diez años antes del estallido insurreccional en la región, que no permitía augurar el curso de los acontecimientos:

*Hora del ruido mundanal exento,  
el agitado corazón respira,  
al ver el cuadro que Natura bella  
pródiga ostenta en la feraz campiña.  
No aquí se mira el detestable orgullo,  
ni el odio, ni el rencor, ni la perfidia,  
ni esas de oprobio pésimas acciones  
que allá la culta sociedad abriga.  
Se extasía el alma en positivos goces  
y nunca el peso del dolor suspira,  
y entre placeres sin igual, apenas  
corre, Miguel, la deliciosa vida.  
(...)  
¡Cuánto, amigo, se goza aquí apartado  
de ese bullicio popular que excita  
el foco de pasiones insensatas  
y de los hombres la expresión mentida!<sup>14</sup>*

Miguel Jerónimo Gutiérrez (1822-1871) fue una de las principales personalidades de la etapa, antes de que descollara como independentista. Sus versos aparecían con frecuencia en periódicos locales como *El Eco de Vi-*

*llaclara*, del que ya era colaborador con solo 18 años. En su obra están presentes temas como el amor, la religión, el paisaje y la vida hogareña, con un tratamiento afín a los cánones estéticos de la época en Cuba. Fue un activo miembro de los círculos sociales vinculados a las letras villaclareñas. Concibió algunos textos en prosa, como el prólogo de *Pucha silvestre*, cuaderno poético publicado en 1857 por su coterráneo, el modesto joven Agustín Baldomero.

Se conservan escasos versos de Gutiérrez, anteriores a 1868, de contenido patriótico o independentista. Quizás ha permanecido oculta alguna composición, pero lo más probable es que, bajo los efectos psicológicos de la censura, su inspiración no pudiera vibrar abiertamente en esta cuerda.<sup>15</sup> Inicialmente abogó por reformas políticas y no fue ajeno a la posibilidad de anexión a Estados Unidos. En 1866, Francisco de Frías y Jacot, conde de Pozos Dulces, fue electo representante de Villaclara para la Junta de Información que se efectuaría en Madrid. En el acto de despedida, un niño leyó un poema de Gutiérrez en el que apuesta por la misión del conde, pero se aprecia también un pensamiento liberal próximo al independentismo.

*Tierra hermosa de Cuba,  
despierta del letargo en que adormida  
te tiene tu belleza embriagadora,  
y haz que hasta el cielo suba  
el himno de amorosa despedida  
a tu hijo ilustre que se ausenta ahora.*

<sup>14</sup> Manuel García Garófalo: Ob. cit., p. 21.

<sup>15</sup> Su biógrafo, Luis Marino Pérez, incluye en el apéndice de su *Biografía...* un soneto de esta índole, supuestamente datado en Nueva York, 1860. Sin embargo, como bien hace notar el propio autor en la segunda edición, no hay indicios de que el prócer villaclareño haya visitado los Estados Unidos.



(...)  
*Adiós y Libertad. ¡Pero no partas!  
Detente y deja que mi ansioso labio  
repita con anhelo:  
¡Adiós y Libertad! Patriota sabio.  
¡Adiós y Libertad! ¡Varón ilustre,  
insigne prócer del cubano suelo!*<sup>16</sup>

Por otra parte, durante los preparativos del alzamiento, Gutiérrez y los demás conspiradores de la Junta Revolucionaria mantuvieron absoluta discreción. En 1867, el Comité Revolucionario de Bayamo había enviado a Luis Fernández de Castro a Las Villas para establecer coordinaciones. El bardo villaclareño se estaba reuniendo ya, para fines políticos, con Antonio Lorda y otros patriotas en la farmacia de Juan Nicolás del Cristo; pero el comisionado no pudo dar con estos hombres.<sup>17</sup> Si bien no está claro cuándo se puso en marcha la conspiración, evidentemente la lira hubo de hacer silencio para que más tarde pudiera sonar la campana y retumbar el clarín.

Entre los conspiradores vinculados a Las Villas figuraba otro poeta: Luis García Pérez, quien había sido prohijado por la comunidad sin haber nacido en el territorio. Era administrador de la fábrica de gas, donde se realizaban tertulias vespertinas similares a las que tenían lugar, en horas de la noche, en la botica de Juan Nicolás del Cristo. En estos encuentros culturales la poesía hizo acto de presencia. También “empezó a presentarse la necesidad de una acción

revolucionaria para obtener las libertades que España tenazmente negaba a Cuba”,<sup>18</sup>

Ramón Roa (1844-1912) mostró ser, desde muy joven, fervoroso partidario de la independencia y autor de versos de este cariz. Con solo 16 años se involucró en actividades conspirativas y debió partir al exilio. Se estableció, sucesivamente, en Nueva York y en Argentina. Fue cercano colaborador del político chileno Benjamín Vicuña Mackenna, quien auspiciaba la publicación de la revista *La voz de América*, abogando por la liberación de Cuba y Puerto Rico. En sus páginas publicó Roa, en 1866, el poema titulado “Canción de guerra del guajiro”, que evidencia su abierta posición independentista. También trasluce la aureola de precursores que le atribuían los villareños —así como los camagüeyanos— a los mártires de 1851:

*(...) Ya es demasiado baldón  
entregarnos al recreo  
y ocultar nuestro deseo  
de ser libres y cubanos.  
¡Abajo con los tiranos!  
Que pare ya el zapateo.  
Está la patria enlutada  
pues perdió a López y Agüero,  
a Estrampes, Recio, Armenteros  
y otros mil de alma templada.  
Su muerte no está vengada,  
y tan solo algún suspiro  
que desde oculto retiro  
les lleva apacible el viento,  
en su triste monumento.  
Callen el tiple y el güiro.*<sup>19</sup>

<sup>16</sup> Luis Marino Pérez: Ob. cit., pp. 123-125.

<sup>17</sup> Néstor Carbonell y Emeterio Santovenia: *Guáimaro*, La Habana, 1919.

<sup>18</sup> Luis Marino Pérez: Ob. cit., pp. 35-36.

<sup>19</sup> Ramón Roa: *Pluma y machete*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1969, pp. 266-267.

Por su parte, Trinidad, la más antigua de Las Cuatro Villas, constituía, al decir de Manuel Moreno Friginals, “la réplica provinciana de la orgullosa capital” por su relativo esplendor económico y refinamiento cultural.<sup>20</sup> En 1820 contaba ya con imprenta, cuestión en la que se adelantó, por más de una década, al resto de Las Villas.<sup>21</sup> Surgió ese año el periódico inaugural que llevó el título de *Corbeta Vigilancia* y se convirtió más tarde en el *Correo Semanal Marítimo de Trinidad*. Hacia 1859, circulaban *El Correo*, *Hoja de Anuncio* —posteriormente llamada *Hoja Económica*— y *El Siglo*, entre otros. *El Correo* fue varias veces denunciado a la Junta de Censura y hubo de cerrar en 1869 a causa del estallido insurreccional en la región. Allí tuvo sede también la prensa integrista con *El imparcial* y *El Eco Español*.

La villa había tenido antecedentes insurreccionales en las primeras décadas del siglo XIX. En fecha tan temprana como 1822, José Aniceto Iznaga (Trinidad, 1791-Sancti Spiritus, 1860) colocó un pasquín en el mercado exigiendo la independencia. También se involucró moralmente en planes anexionistas y se entrevistó con Simón Bolívar para solicitar su concurso libertador en Cuba. Aunque no recibió una educación esmerada, sí estuvo en contacto, en Estados Unidos, con criollos de cierto relieve cultural como

Miguel Teurbe Tolón y Gaspar Betancourt Cisneros.<sup>22</sup> En este grupo se gestaba el primer intento de transformar la situación política de la Isla, si bien la dirección en que se concibieron los cambios no siempre fue acertada.

En el año 1851, en coordinación con las acciones de Narciso López, tuvo lugar allí un fallido alzamiento cuyos protagonistas fueron encarcelados y, más tarde, fusilados. Entre ellos figuraba el poeta Fernando Hernández Echerri (1823-1851). Había sido discípulo de José de la Luz y Caballero, prueba del entrelazamiento de distintas generaciones vinculadas por su vocación independentista.<sup>23</sup> Se convirtió así en el primer poeta mártir de los villareños. Su hermano Manuel Hernández Echerri, profesor en Sagua la Grande, se unió a los conspiradores villaclareños que tomaron las armas en 1869. Estrechó fuertes vínculos con Miguel Jerónimo Gutiérrez, en cuya vivienda se alojó con frecuencia.<sup>24</sup> Se entretejían así familias, generaciones y sectores sociales villareños que laboraban en pro de la independencia.

En cuanto a la educación en Trinidad, hasta fines del siglo XVIII estuvo prácticamente limitada al nivel elemental. A principios de la siguiente centuria, las jóvenes Catalina, Ana y Candelaria Ayala fundaron una escuela donde se formaron figuras destacadas del movimiento separatista,

<sup>20</sup> Ápud Hernán Venegas Delgado: “La formación de las regiones históricas en Cuba (una propuesta de periodización)”. *Contrastes. Revista de Historia*, No.12, 2001-2003, p. 153.

<sup>21</sup> Alberto Aragonés: *El periodismo en Las Villas*, Imp. Casas, Cienfuegos, 1953. Rafael Rodríguez Altunaga comenta que posiblemente la villa contaba con un taller de impresión, al menos, desde 1804 (*Las Villas. Biografía de una provincia*, Academia de la Historia de Cuba, 1955, pp. 250-251).

<sup>22</sup> Francisco Marín Villafuerte: *Historia de Trinidad*, Jesús Montero Editor, La Habana, 1945.

<sup>23</sup> Raquel Catala: “La mujer en el 51”. En Emilio Roig: *Homenaje a los mártires de 1851*, Municipio de La Habana, 1951, pp. 39-51.

<sup>24</sup> Luis Marino Pérez: Ob. cit., p. 38.

como el propio Isidoro Armenteros. También fue alumno de este centro el espirituario Vicente Antonio de Castro (1809-1869). A partir de la formación de las generaciones más jóvenes, los criollos, en cada una de las villas y poblados, iban gestando su patria cultural. Algunas personalidades marcharían ya por derroteros del pensamiento independentista.

En Sancti Spíritus, la imprenta y el primer periódico, *El Fénix*, datan de 1834. Este se fundó por iniciativa de la Diputación Patriótica de la Sociedad Económica de Amigos del País. En 1858, Bartolomé Diez estableció otra imprenta, en la que vería la luz *El Diario*. La tercera fue instaurada por Francisco de Mutra; en ella se imprimían varios periódicos y una revista llamada, precisamente, *La Revista*. Durante el periodo insurreccional, en la finca La Quinta, Jobosí, se instaló un taller que llevó por nombre La República. De su funcionamiento se encargaban los capitanes Maspóns y Narciso Gómez del Olmo, quienes imprimían allí el periódico mambí *Las Villas*.<sup>25</sup>

La villa experimentó un discreto desarrollo de la educación elemental desde mediados del siglo XVIII. En 1846 se constituyó la Junta de Instrucción Pública, que propició avances en Sancti Spíritus y otras poblaciones villareñas. El patriota espirituario Honorato del Castillo, uno de los artífices del alzamiento, dirigió una escuela de primera y segunda enseñanza llamada de Jesús Nazareno.<sup>26</sup>

Había sido también alumno, en La Habana, de Luz y Caballero. En la década de 1860 residió un tiempo en la capital, pues el propio Luz le ofreció un puesto de profesor en el colegio El Salvador. También estudió medicina, con excelentes calificaciones. Allí se vinculó con otras figuras que laboraban en pro de la insurrección. Era este un plantel significativo en cuanto a formación de valores éticos y patrióticos, que tendían, necesariamente, a fomentar entre los discípulos una postura independentista.

Sancti Spíritus constituyó también tierra de poetas, antes y durante el periodo insurreccional. Se cuentan, en la primera mitad del siglo XIX, el presbítero Gregorio Quintero y el abogado José Jacinto Estrada, figuras cercanas a las autoridades colonialistas. Entre los autores locales estuvieron Félix Ramón de Valdivia, José Liborio Díaz y Montiniano Cañizares Ramírez, los dos últimos también maestros. Otro poeta y maestro espirituario que alcanzó cierto relieve fue Calixto Echemendía y Moles. Este profesaba ideas separatistas, motivo por el que fue desterrado a Santander en 1869, donde falleció dos años después.<sup>27</sup>

Cienfuegos, por su parte, fue la villa del territorio fundada en fecha más tardía —1819— tras el auge de las tendencias ilustradas. La educación estuvo entre las prioridades de los fundadores, y a menos de una década de vida ya contaba con tres escuelas para varones. Además de otros centros educacionales que surgieron durante

<sup>25</sup> Alberto Aragonés: Ob. cit., pp. 11-13.

<sup>26</sup> Manuel Martínez Moles: *Epítome de la historia de Sancti Spíritus*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, p. 52.

<sup>27</sup> Rafael Rodríguez Altunaga: *Las Villas. Biografía de una provincia*, Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1955, p. 256.

los años sucesivos, en 1846 se inauguró una escuela de instrucción elemental para niñas que estuvo a cargo de Gregoria Benito de Ramos. Rodríguez Altunaga afirma que, para 1868, la instrucción pública en la villa se veía frenada por la política del capitán general Francisco Lersundi.<sup>28</sup>

En Fernandina de Jagua, a poco de su fundación, circuló un periódico manuscrito humorístico nombrado *El Ético*, que fue motivo de conflictos con el fundador de la villa, Luis de Clouet. En 1845, Francisco Murtra estableció allí la imprenta, veinticinco años después de que su padre, Cristóbal Murtra, lo hiciera en Trinidad. A partir de ese año se publicó *Hoja Económica de Cienfuegos*, la cual en 1847 fue reestructurada y rebautizada como *El Telégrafo*, ya como órgano del gobierno en la jurisdicción. Para 1855 existía otra imprenta a cargo de Eduardo Feixas Bartina. Se publicaba también *El Fomento*, periódico que llegó a tener una tirada diaria. Desde 1861, fue su director el patriota y poeta Antonio Hurtado del Valle (1842-1875). Pronto se manifestaron controversias políticas entre *El Fomento* y *El Telégrafo*, pues este último, mientras estuvo bajo la dirección de Luis Martínez Casado—hasta 1866—, fue integrista a ultranza y enemigo de reformas. Hurtado también dirigió *El Comercio*, instaurado en julio de 1867, y fundó ese mismo año el semanario *El Damují*, de tirada limitada.

El Hijo del Damují constituye una figura imprescindible de la lírica villareña de la Guerra de los Diez Años, junto a Miguel Jerónimo Gutiérrez. El cienfueguero provenía de una familia pobre, por lo que no pudo recibir una esmerada educación. Aún así, se interesó por las letras desde joven y, gracias a su empeño personal, alcanzó ciertos lauros en la poesía, amén de incursionar asiduamente en el periodismo. Se estableció un tiempo en Guanabacoa, donde vio la luz, en 1864, su poemario *Producciones*. En estos versos ensalza la temática amorosa y la imagen de la mujer. También figura un poema escrito tras la muerte



de Luz, que trasluce admiración hacia el filósofo y educador. Este sentimiento era común a los jóvenes de la época, pero también pudo estar basado en contactos personales y/o ideológicos:

*Fué Caballero del saber el astro!...  
Graba su nombre en la inmortal historia,  
Llorosa juventud.  
Que en tí ha dejado luminoso rastro,  
Herencia sin igual, ánsia de gloria,  
Amor á la virtud.*<sup>29</sup>

Otro bardo que le dedicó emotivos versos a Luz fue Ambrosio Echemendía, esclavo trinitario nacido en 1843. Esta circunstancia ilustra el alcance de la obra desplegada por el educador, más allá de La Habana y del círculo de sus allegados. El poeta fue manumitido en 1866, a partir del apoyo social que generó la publicación de su libro, *Murmurios del Táyaba*, el año anterior. Obtuvo éxitos en las tertulias literarias de la villa, introducido por su amo y preceptor, el también poeta Fernando Echemendía. En torno a 1865, hubo de establecerse en Cienfuegos junto a la familia Echemendía. Allí publicó en *El Telégrafo*, al menos, un soneto dedicado al propio río Damují.

Los conflictos con la censura en Cienfuegos alcanzaron visos notables, expresión de más profundas desavenencias. Incluso Enrique Edo y Llop, escritor español radicado en la villa que manifestó cierta empatía con los criollos, sufrió sus efectos. En un número del semanario satírico *El Chismoso*, que había fundado en 1862, insertó una caricatura en que el censor acometía con un lápiz rojo al equi-

po de edición, incidente que ocasionó el cierre del periódico. En enero de 1868, Jacobo Domínguez Santis fundó *El Negro Bueno*, cuyas tendencias liberales no fueron aplaudidas por las autoridades. Solo pudieron editarse tres números y su fundador fue encarcelado en La Cabaña. El integrismo intensificó su campaña en la prensa tras el estallido de la guerra. Sus principales exponentes fueron *El Pabellón Nacional* y *Diario de Cienfuegos*, que comenzaron a publicarse en 1869 y 1870, respectivamente.<sup>30</sup>

En Remedios, la educación transitó por las mismas vicisitudes, a causa de penurias económicas, dejadez de las autoridades e intermitencia de maestros calificados. También hubo mujeres dedicadas a la enseñanza elemental como María Josefa de García, activa desde las postrimerías del siglo XVIII hasta su óbito en 1839. Lustró después ejercieron el magisterio Restituta Suárez, Micaela Delgado y Carmen Castro, entre otras. En 1857 se fundó un colegio superior dirigido inicialmente por Eusebio Lorenzo Pérez. Allí también floreció la poesía, cultivada por hombres y por mujeres; entre las féminas sobresalieron Ana Lorenza Díaz y Dolores Montalván.

La introducción de la imprenta en la villa y el primer periódico datan de 1852, cuando el maestro Francisco Javier Franch, de origen castellano, fundó *El Boletín*. En la década del 60 circularon también *La Razón*, *La Atalaya*, *El Porvenir* y *El Heraldo*. Aragonés afirma que *El Boletín* “había estimulado un sentimiento nuevo. La chispa de la revolución emancipadora”.

<sup>29</sup> Antonio Hurtado del Valle: *Producciones*, Imprenta La Esperanza, Guanabacoa, 1864. p. 39.

<sup>30</sup> Alberto Aragonés: Ob. cit., pp. 21-24.



Rodríguez agrega que dos de sus redactores, Pedro Salavarría y José León Albornas, conspiraron en 1868 y fueron deportados. A su vez, el periodista Francisco Javier Balmaseda fue condenado a presidio. El sector integrista ripostó con periódicos que llevaban títulos tan elocuentes como *El Pabellón de Castilla*, *El Madrileño*, *El Centinela Español* y *El León Español*.<sup>31</sup>

Sagua la Grande surgió y se desarrolló tardíamente respecto a las demás villas. Su primera escuela, con carácter oficial, se inauguró en 1830, en un terreno cedido por el canario José Cabrera Brito, a la sazón teniente de la jurisdicción. Por este gesto, fue nombrado socio de la Real Sociedad Económica. Luz era entonces su presidente y laboraba tenazmente por el adelantamiento moral, educacional y patriótico de los cubanos. Entre otros centros, se destacó El Espíritu Santo, fundado en 1860 y dirigido por Luis J. de Miranda. En 1863 se estableció una escuela municipal bautizada como Santo Domingo, que tuvo entre sus directores a Manuel Hernández Echerri, a quien ya se ha hecho referencia por su filiación independentista.

El primer taller de imprenta fue inaugurado en 1846; y seis años después su primer periódico, con el título de *Hoja Económica del Puerto de Sagua la Grande*. En la década de 1860 circularon también *El Sagua* y *La Colmena*. El director de este último, el trinitario José Gabriel Cadalso, fue un fervoroso conspirador contra la dominación española. En 1868, él y otros redactores de esta publicación escaparon a México ante el peligro de ser apresados.<sup>32</sup>

Por otra parte, el estrecho nexo entre patriotismo independentista y poesía no era ajeno a las características de las asociaciones y encuentros de conspiradores, los recintos seleccionados y el pensamiento sensible de sus figuras prominentes. En general, se trataba de sociedades filarmónicas, sociedades de recreo y/o instrucción, clubes, liceos, ateneos, asociaciones científicas o literarias en que se celebraban tertulias, veladas poéticas y actividades afines. La poesía casi siempre hacía acto de presencia, al tiempo que se manifestaba un vigoroso sentir independentista. Resulta interesante la visión de un integrista convencido como el catalán Gil Gelpí Ferro:

Desde mucho tiempo ántes de estallar la insurrección de Yara, en la Habana y en todas las poblaciones importantes de la Isla había asociaciones numerosas de recreo, literarias y científicas, de las que formaban parte muchos buenos españoles insulares y peninsulares y á las que asistían todos con sus familias. Pero no puede negarse que en todas predominaba el elemento reformista; y aunque no tenían carácter político, como la mayor parte de los directores y asociados deseaban un cambio radical en la organización y gobierno, rara vez dejaban pasar la oportunidad de manifestar sus aspiraciones y tendencias. En las reuniones literarias se lloraba en tristes endechas la suerte de Cuba, simbolizada en una vírgen oprimida por un tira-

<sup>31</sup> Alberto Aragonés: Ob. cit., pp. 33-34; y Rafael Rodríguez Altunaga: Ob. cit., pp. 260-262.

<sup>32</sup> Rafael Rodríguez Altunaga: Ob. cit., p. 264.



no: se recitaban odas entusiastas, animando á los que debían sacarla de la opresión en que gemía, y se anunciaba que la hora había llegado de desenvainar el acero y de acometer una gloriosa empresa. Tan claras eran las manifestaciones de este género, que todos los asistentes comprendían de lo que se trataba, interpretando exactamente aquellas lágrimas de poetas y poetizas, aquellos arranques de entusiasmo de los vates inspirados, aquellos rasgos de impaciencia y aquellos anuncios de la próxima llegada del gran día.<sup>33</sup>

Los villareños, en la década de 1840, como expresión de refinamiento y cultura, establecieron sociedades filarmónicas, al estilo de La Habana, en Santa Clara, Trinidad, Sancti Spíritus, Remedios, Sagua y Cienfuegos. Estas y las agrupaciones afines, “en los tiempos de las conspiraciones por la libertad de Cuba, eran asilo y centro de reunión de los futuros libertadores”.<sup>34</sup> En Santa Clara se había fundado ya una sociedad filarmónica en 1827, pero no prosperó, y otras instituciones similares fueron inauguradas en 1841, 1849 y 1852. La Sociedad contaría también con una biblioteca. En 1865, su vicepresidente era el propio Miguel Jerónimo Gutiérrez. Un lustro atrás, el prócer había fundado también, junto a un grupo de jóvenes que compartían sus concepciones políticas y culturales, el Liceo de Santa Clara, que tendría el velado fin

de “realizar una labor por la independencia de Cuba”.<sup>35</sup>

En 1867, la Filarmónica cambió su nombre por el de Liceo Artístico y Literario. Desde el 10 de octubre de 1868, allí se seguían los acontecimientos en la manigua y sus actividades eran denunciadas ante las autoridades españolas. El 27 de diciembre se eligió una nueva directiva, de la que el propio Machado era vocal, junto con Arcadio García y Tranquilino Valdés. Semanas después, estos y otros villaclareños tomarían el camino de la libertad.<sup>36</sup> Aunque ya existía un Casino Español en la localidad, este se perfiló más claramente como expresión política y cultural del integrismo al romperse las hostilidades en el 68.

En Trinidad se estableció una Sociedad Filarmónica en 1842, dirigida inicialmente por José Fernández de Lara. También prosperó una asociación similar llamada La Filomática, en cuya sede, en vísperas del alzamiento de 1869 —entre los días 3 y 4 de febrero—, se organizó una cena de celebración. Participaron Juan B. Spoto y Federico Fernández Cavada. Ambos estuvieron entre los fundadores, en julio de 1866, de la logia masónica Luz del Sur. De hecho, Cavada fue su primer venerable maestro. Constituían las logias otro de los ámbitos esenciales en que se fraguaba el independentismo, no muy distantes, con sus particularidades filosóficas, espirituales y rituales, del movimiento político-cultural en filarmónicas y liceos. En las antípodas estuvo siem-

<sup>33</sup> Gil Gelpí Ferro: *Álbum histórico fotográfico de la guerra de Cuba, desde el principio hasta el reinado de Amadeo I*, Imprenta La Antilla, Habana, 1872, pp. 259-260.

<sup>34</sup> Rafael Rodríguez Altunaga: Ob. cit., p. 187.

<sup>35</sup> Luis Marino Pérez: Ob. cit., p. 25.

<sup>36</sup> Rafael Rodríguez Altunaga: Ob. cit., pp. 189-190.

pre el Casino Español, fundado, en el caso trinitario, en 1862.

En Sancti Spíritus, la primera sociedad filarmónica data de 1855, pero solo se mantuvo activa hasta 1859. Contó con una sección de literatura y una biblioteca. Un lustro después era inaugurado el Liceo Artístico, pero fue clausurado en abril de 1870. Sus asociados habían ido “unos al patíbulo, otros a la revolución y otros al presidio o expatriación”.<sup>37</sup> Estas asociaciones contribuyeron a sellar el vínculo entre patria y poesía, el cual continuó su andadura en la manigua. Tras el cierre del Liceo Artístico, se inauguró también, ese mismo año, un Casino Español.

Las villas más jóvenes no dejaron de tener centros culturales, convertidos en puntos de debates políticos. En Cienfuegos, el Liceo Artístico y Literario, fundado en 1847, tuvo funciones educativas. Allí se impartían materias como aritmética mercantil, fisiología, higiene, anatomía, declamación, idiomas, música, dibujo natural y filosofía moral.<sup>38</sup> Dos años después, el liceo se unió con otra asociación llamada el Recreo, constituyéndose así la Sociedad Filarmónica. En general, el matiz que diferenciaba a los liceos de las filarmónicas era que los primeros podían incluir programas docentes, mientras que las segundas propiciaban intercambios menos formales. Aunque no fue el caso de Cienfuegos, las sociedades filarmónicas casi siempre surgieron antes que los liceos y estos las sustituyeron. No obstante, en ocasiones la nomenclatura no correspon-

día exactamente a las funciones de uno u otro centro.

La Sociedad Filarmónica de Cienfuegos, como sus homólogas, fue sede de actividades revolucionarias. Consta que el 24 de enero de 1869 se presentó allí Vicente Antonio de Castro, con una disertación que no agradó a los defensores del statu quo.<sup>39</sup> Este era médico, profesor universitario, poeta y fundador del cuerpo masónico del Gran Oriente de Cuba y las Antillas (GOCA), muy ligado al movimiento independentista. Su figura, en cierta medida, sintetiza los mejores valores espirituales, científicos e ideológicos del pueblo cubano al emprender la lucha armada. En el alzamiento de 1869 tomaron parte los jóvenes cienfuegueros más instruidos, muchos vinculados a la Filarmónica, razón por la cual la institución misma fue asediada. En mayo de ese año había declinado significativamente y, una vez más, la estrategia política integrista fue el establecimiento de un Casino Español.

La visita del fundador de la masonería cubana, Vicente Antonio de Castro, a la Filarmónica de Cienfuegos, ilumina el vínculo que existía entre los centros de esta índole y las logias masónicas, muchas veces porque sus miembros eran los mismos y sus fines podían coincidir, sobre todo el de encubrir y continuar los preparativos bélicos, quizás la verdadera razón de ser de algunas de estas corporaciones, ya fueran filarmónicas / liceos o estuvieran integradas por francmasones. En Trinidad, apunta en la misma di-

<sup>37</sup> Manuel Martínez Moles: Ob. cit., p. 68.

<sup>38</sup> Rafael Rodríguez Altunaga: Ob. cit.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 197.

rección la mencionada presencia de los conspiradores masones Juan B. Spotorno y Federico Fernández Cava-da en la Filomática.

El GOCA había sido creado por Vicente Antonio de Castro en 1862. En octubre de 1868 ya contaba con más de veinte logias en toda la Isla, entre ellas las de Trinidad, Cienfuegos, Santa Clara, Remedios, Caibarién y Sagua la Grande. En Las Villas, quienes pretendían incorporarse a los preparativos insurreccionales debían afiliarse a alguna logia, para velar por el carácter confidencial de las actividades. Antonio Lorda, Eduardo Machado, Arcadio García y Tranquilino Valdés, miembros de la Junta Revolucionaria de Villaclara, eran activos masones. Más tarde se inició Miguel Jerónimo Gutiérrez. Igualmente estaban afiliados Serafín Sánchez y Carlos Roloff.<sup>40</sup> En este sentido, fueron masones casi todos los protagonistas del alzamiento de los villareños, entre el 6 y el 7 de febrero de 1869.

### **La poesía villareña durante la Guerra de los Diez Años: asuntos y exponentes**

Uno de los hitos fundamentales para acercarse a la poesía de la Guerra de los Diez Años, particularmente a la obra de los poetas villareños, es la compilación que diera a conocer Serafín Sánchez en 1893 con el título de *Los Poetas de la Guerra*. Esta constituía una edición de Patria y el prologuista había sido José Martí. No era casual que el Apóstol se interesara vivamen-

te por esta cuestión en momentos en que los preparativos insurreccionales requerían su máximo esfuerzo. Creía en el valor de la palabra y en la virtud de la poesía para unir las voluntades de quienes comulgaban con los mismos ideales. Tres años atrás se había opuesto, quizás por exceso de cuidados, al texto *A pie y descalzo. De Trinidad a Cuba*, de Ramón Roa, pues el veterano narraba de manera descarnada los sinsabores de la contienda. En cambio, favorecía esta compilación de poemas, no solo para salvar “la memoria de aquellos tiempos ilustres”, sino porque hay versos que “mandan a montar a caballo”.<sup>41</sup>

El empeño de promover esta poesía gestada en los fragores y rigores del combate había tenido ya su antecedente en *La lira Mambí*, cuaderno manuscrito en que, con esmerada caligrafía, Francisco La Rúa anotara los mejores versos de ciertas tertulias en casa de Duque de Estrada y su esposa, Loreto Castillo, en San José de Guaicanamar, Camagüey. Allí acudían combatientes y figuras civiles de la insurrección, incluyendo a los villareños Juan Bautista Spotorno, Eduardo Machado, Ramón Roa y Marcos García. Al parecer, García solía ser el primer recitador, quien con “voz obediente y briosa” declamaba versos de Zenea, Milanés o la mejor poesía española. Su posición política en la guerra del 95 varió diametralmente, pero entonces era parte de la efervescencia poética y revolucionaria.

Serafín Sánchez contribuyó a la divulgación posterior de los versos que

<sup>40</sup> Eduardo Torres-Cuevas: *Historia de la masonería cubana*, Editorial Imagen Contemporánea, La Habana, 2013, pp. 113-159.

<sup>41</sup> José Martí: “Prólogo”. Ápud [Serafín Sánchez]: Ob. cit., pp. V-X.

circularon por la manigua, muchos de ellos de procedencia anónima, transformados por las circunstancias de la guerra y por las propias características de la transmisión oral, si bien algunos poemas patrióticos figuraron también en páginas de la prensa insurrecta. Entre estos órganos, se publicaron *El Cubano Libre*, *El Mambí*, *La Estrella Solitaria* y *La Estrella de Jagua*, el último en la región de Las Villas.

En 1869 se publicó en *El Cubano Libre* un soneto de Miguel Jerónimo Gutiérrez, cuyos versos, con una visión optimista de la guerra, anunciaban el triunfo de los cubanos. No se trataba de una esperanza baldía, pues, tras la incorporación masiva de los villareños, la balanza se inclinaba a favor de las armas criollas. Al respecto, un peninsular integrista como Gil Gelpí afirmaba que “á mediados de Febrero de 1869 la causa de España corrió verdadero peligro, y que despues de la insurreccion de Cinco Villas fué cuando mas gente tuvieron levantada, aunque indisciplinada e indisciplinable, nuestros enemigos”.<sup>42</sup> El soneto se titula “Cuba triunfando”:

*Truena el cañon, se enciende la batalla  
Al grito audaz de libertad y guerra,  
Ved cual se siente estremecer la tierra  
Con el ronco fragor de la metralla...!  
Ya el vil tirano tiembla y se avasalla,  
Miedo y rencor su corazón encierra,  
Y cual sierpe acosada en alta sierra  
Huye á su abismo la servil canalla...!*

<sup>42</sup> Gil Gelpí Ferro: Ob. cit., p. 168.

<sup>43</sup> *El Cubano Libre*, Camagüey, 15 de julio de 1869. Este soneto no figura en *Los Poetas de la Guerra*, ni en la *Biografía* de Luis Marino Pérez.

<sup>44</sup> José Martí: Ob. cit., p. VII.

<sup>45</sup> Luis Felipe del Moral: *Serafín Sánchez: un carácter al servicio de Cuba*, Ediciones Mirador, México, 1955, p. 31.

*Escuchad ese ahullido tremuloso  
Como evocado del profundo averno,  
Insolente y feroz y pavoroso...!  
En el postrer gemido sempiterno,  
Que lanza el mónstruo Despotismo, odioso,  
Entre las negras llamas del infierno.*<sup>43</sup>

Durante la guerra tuvieron mayor alcance las composiciones transmitidas oralmente, pues no siempre se podían reproducir en textos manuscritos o impresos, además de que no todos sabían leer. Martí relataba que en una tertulia nocturna de cubanos cerca de Nueva York, Serafín Sánchez recitó algunos versos que “aprendió de los labios de los poetas, en los días en que los hombres firmaban las rondallas con su sangre”.<sup>44</sup> El paladín espirituario había tenido como profesor al bardo coterráneo Calixto Echemendía y Moles, quizás quien incentivó en él estas inclinaciones.<sup>45</sup>

El Apóstol, al referirse a los poetas de Las Villas, menciona que el veterano espirituario Néstor Carbonell conocía los versos de Gutiérrez, Hurtado del Valle y José Botella. Tras el desenlace de la contienda, se estableció en Tampa como periodista. Él mismo comenta el origen de un soneto del también villareño Juan de Dios Coll, que figura en *Los Poetas de la Guerra*. En una ocasión en que varios insurrectos estaban reunidos en un rancho del Malangar, Sancti Spíritus, bajo los efectos del hambre y en trance de algún conflicto entre compañeros, divisaron un panal. Después de derribar-

lo, resultó que tenía muy poca miel, por lo que a propuesta de José Botella decidieron que quien le dedicara el mejor soneto sería el favorecido. El vencedor fue el citado Coll, precisamente con el título de “A un panal”:

*Canten los vates las gallardas flores,  
la altiva palma, el mugidor torrente,  
el ámbar suave de apacible ambiente  
y las campiñas con sus mil primores.  
Canten otros la paz y los amores,  
laureles de oro con que ornar su frente,  
del brillante arroyuelo la corriente  
y los trinos de arpados ruiseñores.  
Canten hazañas nobles de la guerra,  
y del clarín el bélico sonido  
haga furioso estremecer la tierra.  
Yo a las ninfas favor tan solo pido  
para cantar con mis estilos francos  
la dulce miel de los panales blancos.*<sup>46</sup>

La anécdota y los propios endecasílabos permiten vislumbrar lo que representaba la poesía en la época, en particular para los hombres en campaña. Resulta significativo que dominaran, en general, la estructura básica del soneto y que un soldado pudiera concebir esta pieza que, a pesar de ciertos lugares comunes, denota algunas lecturas literarias y/o la aprehensión, a través de la oralidad, de la poética al uso. Por otra parte, aún tratándose de versos de ocasión, su carácter “metapoético” alude a los ámbitos principales de la lírica cubana: la poesía bucólica en el primer cuarteto, la poesía amorosa en el segundo, y el tema patriótico en el primero de los tercetos.

<sup>46</sup> Ápud [Serafín Sánchez]: Ob. cit., pp. 139-140.

<sup>47</sup> Ramón Roa: *A pie y descalzo. De Trinidad a Cuba, 1870-71 (Recuerdos de campaña)*, Establecimiento tipográfico Calle de O'Reilly 9, Habana, 1890, p. 31.

<sup>48</sup> Véase Ramón Roa: Ob. cit., pp. 286-289.

Una situación similar la refiere Ramón Roa, quien llegó a Cuba en la segunda expedición del vapor *Salvador*, en 1870. De paso por Sancti Spíritus, llegó con otros hombres a un rancho oculto en la loma Pico Tuerto. Allí fueron recibidos por una joven y su padre, quienes les proporcionaron alimentos en abundancia. Roa insinuó reiteradamente su deseo de consumir tabaco. La joven le puso como condición para proporcionarle un poco de *andullo* que compusiera unas décimas, como glosas a un pie que su difunta madre había ideado. Roa así lo hizo y recibió su premio. En su recuento solo incluye el pie dejado por la difunta. Este ilustra, de manera sencilla, el vínculo entre patriotismo y religiosidad en los campos insurrectos de Cuba: “Virgen de la Caridad / Divísima señora, / Te pedimos sin demora / De Cuba la Libertad”.<sup>47</sup>

Roa reflejó en otras composiciones esta poesía de circunstancia o vinculada a asuntos más pedestres. Escribió un poema titulado “La jutía”, que no figura en la antología de Serafín Sánchez ni en su propio recuento de los avatares de la manigua. Este mamífero había sido frecuente alimento para los insurrectos, entre otras utilidades, razón por la que le dedica una extensa oda burlesca.<sup>48</sup> El autor se perfiló más como prosista, pero también mereció lauros como poeta. Fue autor de amenos versos de campamento, de sabor popular y criollo, motivo por el que Martí lo califica como “el más original” de quienes figuran en la citada compilación.

La poesía de la manigua, si bien no descolló siempre por su vuelo, sí adquirió en los campamentos más contacto con la realidad, con la fibra misma de la vida. Se hizo necesaria en los intersticios del combate, durante las temporadas de mayor penuria y, sobre todo, donde los heridos y enfermos convalecían de sus dolencias. Propició el desahogo colectivo de la añoranza, el modo de sobrellevar las penosas jornadas o el peligro de los ataques sorpresivos. Fue arena permanente, clarín que inspiró el patriotismo y coadyuvó a sostener las armas durante diez años de lucha. Esta última vertiente de la poesía patriótica tiene carácter hímnico y envuelve un ardoroso convite a la acción de las armas. Con acierto la representa el cienfueguero Antonio Hurtado en su “Himno a Las Villas”, improvisado en 1874, tras tomar el acuerdo de invadir la región, pues allí el movimiento insurreccional había decaído por falta de pertrechos. Circuló en cuartillas manuscritas e incluso llegó a ser musicalizado:

*Coro*

*¡Oh, villareños! la luz de Yara  
brilla anunciando la libertad,  
en las llanuras de Villaclara  
y en las colinas de Trinidad!*

*I*

*Hay unos valles verdes, hermosos,  
donde las cañas de oro se dan,  
¡allí los déspotas codiciosos  
nuestras riquezas gozando están!*

*II*

*¿No veis el fausto de los tiranos  
que se sustenta con el sudor*

*de aquellos míseros africanos,  
grosero insulto de su dolor?*

*III*

*Aire corrupto de bacanales  
respira sólo la juventud:  
placeres lúbricos, inmorales  
allí le roban a la virtud.*

*IV*

*Salvar debemos a los cubanos  
de tal sistema de corrupción,  
y es noble empresa llevar, hermanos,  
a aquellos pueblos la redención.*

*V*

*Los generosos pueblos de Oriente  
de sus guerreros mandan la flor  
y con vosotros marcha el valiente  
camagüeyano batallador.*

*VI*

*¡Alzad un himno que al éter suba  
y que surcando rápido el mar  
al mundo enseñe que sabe Cuba  
a sus tiranos avasallar.*

*VII*

*Y que en el pecho de los cubanos  
ha puesto el cielo todo el vigor  
de los torrentes americanos,  
de los volcanes del Ecuador!*

*VIII*

*¡Hurrah, a Las Villas! Por que nos llama  
la voz de un pueblo que gime allí,  
en las riberas del Agabama  
y en las orillas del Damují.<sup>49</sup>*

En la composición están presentes los principales móviles de la empresa bélica; en primer lugar la explotación económica y la cuestión de la esclavitud. Este aspecto había sido criticado fuertemente por villareños independentistas como el propio Eduardo Machado, quien publicara en Leipzig, en 1864, el folleto *Cuba y la emanci-*

<sup>49</sup> Fernando Figueredo Socarrás: *La Revolución de Yara, 1868-1878*, Habana, Impresores M. Pulido y Compañía, 1902, p. 32. En *Los Poetas de la Guerra* figura este poema del Hijo del Damují, con excepción del coro.



*pación de sus esclavos.* Por otra parte, en la séptima estrofa se aprecia una filiación americanista que fue cuajando en el transcurso del conflicto. Este cántico es también un llamado a transponer barreras regionalistas, al aplaudir la marcha de soldados de Oriente y Camagüey hacia Las Villas.

El regionalismo lastraba los ímpetus beligerantes, no solo para invadir Occidente, sino en cuanto al movimiento de tropas y la designación de jefes militares entre unas y otras regiones. Sin embargo, el alto mando mambí, los líderes políticos y las figuras de la intelectualidad criolla en la insurrección, junto a los soldados más consecuentes, propiciaban la superación de esta rémora. Los poetas casi siempre tenían una concepción de patria que iba más allá de la típica visión de aldea. En 1869, Hurtado publicó en *El Cubano Libre* su poema “Al Camagüey”, que trasluce afinidad y admiración hacia sus compañeros príncipeños. El texto no fue incluido íntegramente en *Los Poetas de la Guerra*, pues la transmisión fue de memoria, al no contar Serafín Sánchez ni sus colaboradores con ningún ejemplar de este periódico:

*Borrada ya del esclavo  
la marca en combate rudo,  
con júbilo ¡oh pueblo bravo!  
Camagüey! yo te saludo.  
De aquel Estado potente  
donde gallarda tremola  
la bandera independiente  
humillando á la española.  
De allá de la Siguanea  
donde Jagua y Trinidad*

*sostienen larga pelea  
por la patria libertad.  
Donde bajando á los llanos  
á manera de torrentes  
arrollan á sus tiranos  
un puñado de valientes.  
Gente altiva y decidida  
que dijera con ardor:  
–perdamos aquí la vida  
mas salvemos el honor”. (...) <sup>50</sup>*

También es casi un paradigma de superación del regionalismo la estrecha amistad entre el bayamés José Joaquín Palma y el propio Miguel Jerónimo Gutiérrez, quienes se dedicaron mutuamente entrañables versos. Incluso, Palma y Gutiérrez solían entablar conversaciones que eran estrofas dialogadas. Fernando Figueredo relataba: “Hablaban en verso, en versos siempre tristes, tiernos, dulces como sus almas. Uno invitaba al otro y el otro correspondía. Y fué tal la admiración que aquellos dos hombres despertaron en cuantos les rodeaban, que ellos, como sirviendo de émulo, estrecharon los lazos, de atrás simpáticos, entre orientales villaclareños”.<sup>51</sup> El poema que Palma titulara y dedicara “Al poeta Miguel G. Gutiérrez”, se compone de tres secciones, la última de las cuales concluye así:

*¡Ay la casa de mis hijos!  
¡ay mis sueños de la infancia!  
¡ay mi cielo de Bayamo!  
¡ay mis afectos del alma!  
Todo lo hundieron las ruedas  
del carro hirviente de Palas,  
al vomitar de sus flancos  
muerte, proscripción y llamas;*

<sup>50</sup> *El Cubano Libre*, Camagüey, 5 de septiembre de 1869.

<sup>51</sup> Fernando Figueredo: “Miguel Jerónimo Gutiérrez”. En Luis Marino Pérez: Ob. cit., pp. 15-22.

*ya mi lira estaba muda,  
muda estaba mi garganta,  
sin alas mi fantasía,  
mi pensamiento sin alas.  
Cuando una mano de amigo  
te dí, de amistad cargada,  
al ver sin mancha tu frente,  
y tu corazón sin manchas,  
al ver que nuestras ideas  
íntimamente se hermanan,  
y que nuestra pena es una  
y es una nuestra esperanza:  
ven, hijo del sentimiento,  
y al compás de nuestras arpas,  
ven y cantemos las glorias  
de Bayamo y Santa Clara.<sup>52</sup>*

Estos intercambios en verso ilustran el alcance de la poesía en la guerra y su valor para la sociedad cubana decimonónica, a pesar de los desniveles de instrucción. Desde los divertimentos hasta las cuestiones más graves, como la proximidad de la muerte, podían ser objeto de interpretaciones poéticas. Muchos de los patriotas que tomaron las armas, entre ellos el propio Gutiérrez, estaban conscientes de la posibilidad de perder la vida en el campo de batalla. En el poema “Mi corazón”, que le dedicara precisamente a José Joaquín Palma, conmueve su alusión a este tema:

*Mas si yo no he de volver  
al asilo de mi hogar,  
si he de morir sin gozar  
mi soñado apetecer,  
ve a mi casa: allí has de ver  
ante un altar de María,  
al tender la noche umbría  
su manto en la inmensidad,*

*un grupo que en su piedad  
ruega por la suerte mía.  
Es mi familia adorada:  
acércate, y de mi suerte  
da la nueva, y si es mi muerte  
en detalles ignorada,  
no harás por tu parte nada,  
pero dirás la verdad  
si afirmas que en la crueldad  
de mi mortal agonía,  
sonriendo, repetía:  
“¡Amor, Patria, Libertad!”  
Y que en esa hora suprema  
cuando el alma se exhalaba  
del cuerpo que la hospedaba,  
en esa emoción postrera,  
se oyeron allá en la extrema  
región, del final suspiro  
los nombres con que deliro,  
porque ellos llevan al alma  
esas imágenes, Palma,  
del edén por que suspiro.  
Diles que mi corazón  
yo te abrí, que tú lo viste  
minucioso y no advertiste  
envidia en él, ni traición:  
que la vil adulación  
jamás se albergó en su seno  
y, aunque de flaquezas lleno,  
en el fuego patrio ardía,  
y latió con valentía  
por todo lo grande y bueno.  
Diles, en fin, que tus manos  
yo estreché, que fui tu amigo,  
que yo hice versos contigo  
que fuiste, Joaquín, mi hermano;  
quizás entonces, su insano  
dolor hallará consuelo,  
y aquel amoroso anhelo  
que acusara mi tardanza,  
se tornará en la esperanza  
de encontrarnos en el cielo.<sup>53</sup>*

<sup>52</sup> En [Serafín Sánchez]: Ob. cit., pp. 63-65.

<sup>53</sup> *Ibidem*, pp. 54-60.

La muerte de Miguel Jerónimo Gutiérrez tuvo todos los visos de lo terrible. La noche del 19 de abril de 1871, encontrándose en una zona denominada Monte oscuro, de la jurisdicción de Sancti Spíritus, fue sorprendido por tropas españolas. Había sido víctima de la traición de un paisano nombrado Juan Castellón. Acompañaban a Gutiérrez su propio hijo y otros combatientes, quienes no pudieron hacer nada ante el curso de los acontecimientos. Fue herido, hecho prisionero e, inmediatamente, colocado de bruces y atado sobre un caballo u otro animal del género. Al este iniciar la marcha por entre la maleza, el patriota sufrió diversas contusiones, incluso en la cabeza. Finalmente, recibió un disparo de gracia que puso fin a su martirio.<sup>54</sup>

Por otra parte, Martí consideraba que la poesía de la manigua tenía también valor de crónica histórica, arista que requiere analizar los referentes extralingüísticos y cotejar otras fuentes; pero sí propicia una suerte de comprensión intuitiva de cada situación. Uno de los mejores exponentes de esta línea expresiva es el poema “Al combate de Atollaosa”, de Hurtado del Valle, referido a un choque de armas en la finca de este nombre, en Sancti Spíritus, año 1870. En el texto vibran vigorosos tintes épicos:

*Cual rápido torbellino,  
o como arrasante tromba,  
andaba allá por el Jíbaro  
una columna española,  
que operando impunemente  
asolaba aquella costa*

*y a las familias tenía  
en una eterna zozobra:  
compónenla los trescientos  
soldados de Tarragona  
que pelearon como fieras  
en las trinitarias lomas  
y les precede la fama  
de una bravura asombrosa, (...)  
–“¡El enemigo!” –anunciaron:–  
–“¿A qué distancia?” –“Muy corta”  
y Payán sobre la izquierda  
a la infantería embosca,  
mientras que Dorado activo  
su bravo escuadrón desmonta, (...)  
Toca “fuego en retirada”  
ya la corneta española,  
cobardes que tanto temen  
al filo de nuestras hojas:  
armas, acémilas, parque,  
en confusión abandonan,  
y como nuestros muchachos  
les van quemando la ropa  
“a escape”, tocan de nuevo,  
y hacia una trinchera próxima  
huyen por medio del bosque  
los bravos de Tarragona.”<sup>55</sup>*

Otro de los cauces de la lírica está ligado al chiste perspicaz a costa del enemigo, muchas veces como réplica a algún enunciado ingenioso, rima burlona o dislate que hubiera figurado en la prensa integrista. El contrapunteo con los peninsulares discurría en prosa y en verso. En este sentido, Serafín Sánchez hace referencia a ciertas rimas ofensivas del español Francisco Camprodón, las cuales recibieron más de una respuesta por parte del que llama “pueblo de poetas”. Uno de estos poemas, quizás el que alcanzó mayor altura, se debe también al estro de

<sup>54</sup> Véanse las distintas versiones de su muerte en la biografía escrita por Luis Marino Pérez: Op. cit.

<sup>55</sup> En Serafín Sánchez: Ob. cit., pp. 36-40.

Antonio Hurtado. Bajo el título simple de “A Comprodón”, el autor dispara versos contestatarios:

*(...) Para llevarse el oro han procurado  
que esclavos haya y el impuesto suba,  
y viene Comprodón como empleado  
a la hacienda de Cuba...!  
Para llevarse el oro ¡fariseos!  
venís aquí de catadura extraña  
a ejercer del Gobierno los empleos,  
nueva langosta que nos manda  
/ España...! (...)<sup>56</sup>*

En textos poéticos del Hijo del Damián puede apreciarse la oposición frontal al flagelo de la esclavitud. Sin embargo, no fue el único villareño en criticar esta cuestión. También lo hicieron Eduardo Machado y el propio Miguel Jerónimo Gutiérrez. Fernando Figueredo refiere que en Guáimaro este último inquirió insistentemente por la situación en que quedarían los negros esclavos; y solo al responderle Ignacio Agramonte que el asunto estaba resuelto y todos los habitantes de la República eran igualmente libres, quedó satisfecho su “sentimiento de justicia”.<sup>57</sup>

La pasión por el verso era común entre los mambises, a veces como cultivadores ocasionales u oyentes. Fue también poeta el patriota cienfueguero Federico Fernández Cavada, quien vivió desde su niñez en Filadelfia. Allí se unió a las tropas abolicionistas durante la Guerra de Secesión, para las cuales dibujó algunos bocetos, pues sobresalía por su talento artístico. Fernández Cavada manejaba fluida-

mente el español y el inglés; de hecho, fueron publicadas póstumamente dos composiciones poéticas de su autoría en sendas lenguas. La primera es un texto de aliento patriótico fechado en 1848 —Federico tenía solo 17 años— y rescatado un siglo después por Emeterio Santovenia. Se titula “Plegaria” y expresa su temprana vocación por la libertad social y política. No se trataba de meras disquisiciones, pues fue un organizador clave de la insurrección en Trinidad. Afirma:

*Morir, por ser libre, no es morir,  
aún marchita, la flor de tierna edad,  
vivir, siendo esclavo, no es vivir,  
de la esclavitud nació la libertad.  
O, Dios! que en el suelo cubano  
sangrar pueda mi angustiado pecho,  
y no descansa mi enojada mano  
hasta que el yugo del tirano sea  
/ deshecho!...”*

*Malvado soy si mi plegaria ofende;  
no es digno el brazo inerte de piedad,  
que el mío amor patria enjendre;  
pues merece el patriotismo, Libertad.<sup>58</sup>*

Esta afición seguramente lo acompañó en la manigua, donde tuvo una brillante ejecutoria militar, tanto en Las Villas como en Camagüey, hasta que fue apresado y fusilado, el 1 de julio de 1871. La segunda composición la escribió en inglés, entre 1864 y 1865, inspirada en las exequias de su superior y amigo durante parte de la guerra, el general David Birney. Se titula precisamente “El sepulcro de Birney”. Se trata de un texto escrito en el estilo de la poesía anglosajona decimonónica,

<sup>56</sup> *Ibíd.*, pp. 21-26.

<sup>57</sup> Luis Marino Pérez: *Ob. cit.*, p. 20.

<sup>58</sup> Ápod Emeterio S. Santovenia: *Lincoln. El precursor de la buena vecindad*, Editorial Unidad, La Habana, 1951, p. 89.

que carece de métrica y rima, pero no de musicalidad. Amén de la admiración por el general, se manifiesta la identificación del autor con el heroísmo de la milicia.

*Cesaron los sonidos solemnes;  
la música marcial y el tañido de  
/ campanas,  
el golpeteo lastimero de los sordos  
/ tambores  
y el eco de las armas, sus fúnebres  
/ descargas;  
y casi todos abandonaron la reciente  
/ sepultura  
donde dormía el héroe de muchas  
/ batallas,  
pues había llegado el crepúsculo  
envolviendo el silencioso cementerio  
y pronto cayó la noche como un sudario;  
sólo un hombre permaneció allí,  
un humilde soldado apoyado en su muleta.  
Oh, ¡cuán conmovedores pensamientos  
lo habían retenido junto al sepulcro del  
/ caudillo!  
emotivos recuerdos del campo de batalla,  
el ruido de la mosquetería y los cañones,  
la lucha mortal y el ataque desesperado,  
y la orgullosa imagen de quien dormía  
el sueño eterno en la reciente tumba,  
atravesando el humo cegador de la  
/ batalla,  
la voz viril que lo apremiaba en el  
/ combate,  
el ojo centelleante y la espada que  
/ blandía,  
y el noble rostro en los días de victoria;  
en el sombrío crepúsculo  
todos los recuerdos giraban sobre él.  
Este humilde veterano, herido de guerra,  
/ fue ese día*

*junto al sepulcro, el último doliente y el  
/ más noble;  
y la plegaria silenciosa que ofreciera  
por quien había sido su amigo  
subió hasta las puertas doradas del cielo.  
Un largo camino había recorrido –un  
/ largo camino–  
andando con sus muletas por entre la  
/ muchedumbre ociosa  
que se agolpaba para contemplar la  
/ ceremonia fúnebre–  
Un largo camino, para susurrar su  
/ plegaria sincera  
por el noble muerto, y derramar sobre  
/ su tumba  
este conmovedor tributo desde su  
/ corazón de soldado.<sup>59</sup>*

Algunos poetas villareños que no participaron en la guerra sí militaron activamente en el independentismo. El bardo Félix Martínez (1832-1879) debió emigrar a México en 1869 ante el peligro de ser condenado por infidencia. Aunque no era villareño sino maticancero, parte de su juventud transcurrió en Villaclara, por lo que figura en la antología titulada *Los poetas villaclareños*. Allí solía asistir a encuentros culturales y conspirativos, en la farmacia de Juan Nicolás del Cristo.<sup>60</sup> Su lira vibró en las mismas cuerdas que las de su generación, con cantos de exaltación romántica a la inocencia y al amor, versos panegíricos y patrióticos. De esta índole son los poemas “Flérida” y “Al libertador Carlos Manuel de Céspedes”. El segundo, escrito en 1872, muestra admiración por el Padre de la Patria y por el heroísmo de los bayameses:

<sup>59</sup> *Sketch of Federic Fernández Cavada, a native of Cuba*, Impresor James B. Chandler, Filadelfia, 1871, pp. 26-28. La traducción del título y del poema fue realizada por la autora.

<sup>60</sup> Luis Marino Pérez: Ob. cit., p. 36.

*Hijo de libertad ;Padre de Cuba!  
Obediente á tu voz, sublime y fiero,  
Aún suena el eco del clarín guerrero  
Con que anunciaste al orbe, que en tu mano  
Asido estaba el vengador acero  
Y rendido á tus pies el León hispano!  
(...)  
Bendición inmortal al pueblo heroico  
Que convirtió en cenizas los hogares  
De sus nobles abuelos,  
Antes que sucumbir á los tiranos.  
Monumento erigido á tanta gloria  
Es de Bayamo la gentil memoria (...)*<sup>61</sup>

Antes de la guerra, en la lírica de José María Heredia y los poetas del exilio que figuran en *El laúd del desterrado*, de 1858, ya se aprecia la gestación de una identidad cultural que difiere de la España peninsular. Si bien algunos autores se decantaban por el anexionismo, también resulta diáfana la posición separatista respecto a la secular metrópolis. Heredia, partidario de la independencia, capta estas esencias en la sugestiva imagen del Himno del Desterrado: “que no en vano entre Cuba y España, tiende inmensas sus olas el mar”. La guerra fue el proceso catalizador de estos anhelos de libertad y del fraguado de la nacionalidad. En el poema “A España”, Gutiérrez expresa estas transformaciones espirituales:

*Errada vas, España, si pretendes,  
apurando tu bárbara crueldad,  
el grito sofocar de un pueblo heroico  
que sus cadenas te arrojó a la faz.  
Si mil mártires fuertes espiraron  
en los cadalsos que tu furia alzó,  
nos quedan otros mil que a tus verdugos*

*darán el cuello con tenaz valor.  
Que del suplicio en que el patriota muere  
brotan de gloria espléndido laurel,  
que colocan los genios de las tumba  
del héroe inerte en la marchita sien.  
(...)  
Si más lágrimas quieres, todavía  
quedan madres y esposas que en su amor  
para llorar sus seres más queridos  
tienen llenos de patria el corazón.  
Y si quieres echar aún más veneno  
en la copa infernal de tu maldad,  
aún vírgenes tenemos que escaparon  
del torpe hispano a la pasión brutal.  
No pienses, no, vencer con el encono,  
la crueldad, el despecho y el furor,  
aunque arrancar pudieses uno a uno  
a los hijos de Cuba el corazón.  
Pero tiembla confusa ante tu oprobio,  
en vano intentes tu baldón cubrir,  
que Dios y el mundo con espanto tienen  
severos la mirada sobre ti.  
Ni jamás te ilusiones con la fuerza  
con que pretendes al cubano ahogar:  
¿cuándo midió la talla del tirano  
un pueblo heroico al levantarse audaz?  
En un pueblo, sepulcro de patriotas  
hundido en tenebrosa oscuridad,  
no fuera, no, victoria apetecida  
escombros y cenizas dominar.  
No es ya el cubano el torpe sibarita  
adormecido en lánguida embriaguez,  
aquél que en los deleites apuraba  
la envenenada copa del placer.  
Ni es tampoco el servil que le rendía  
al déspota sumisa adulación,  
es el bravo adalid, es el guerrero  
tostado al fuego de su ardiente sol.  
Es el soldado a quien la quinta infame  
no reclutó para servir a un rey,  
es el noble patriota que ha querido  
héroe morir o independiente ser.*

<sup>61</sup> En [José María Izaguirre (comp.)]: *Asuntos Cubanos. Colección de artículos y poesías*, Imprenta América, Nueva York, 1896, pp. 86-90.



*Forja, España feroz, nuevas cadenas  
manda nuevas legiones a lidiar,  
que aquí te aguarda un pueblo de  
/ espartanos  
que ha jurado venganza y libertad.<sup>62</sup>*

Un aspecto poco estudiado de la poesía de la Guerra de los Diez Años es el aliento que a ella le impregnó la mujer; no solo como motivo de inspiración poética y patriótica, sino también artífices del impulso de las armas y poetas ellas mismas. El primer aspecto se aprecia en las décimas de

Ramón Roa tituladas “¡Vida mía!”. Su origen, como otras composiciones, está ligado a un trato que hizo su autor con jóvenes que trasladaban la correspondencia, pues se ofreció como decimista a cambio de una mejor cabalgadura. Las diferencias entre el original y la versión de *Los Poetas de la Guerra*, en algunas frases y el orden de las estrofas, ilustra la influencia de la difusión oral en los versos de campaña. Se reproducen dos de las décimas, comparando ambas fuentes:

*Cuando el patriota soldado  
Después que la noche llega,  
Al grato sueño se entrega  
De mil penas agobiado;  
Yo de desvelo asediado  
En esa hora tan sombría  
Echado en la yerba fría,  
Alzo al cielo mis querellas  
Y a la luz de las estrellas  
Yo pienso en ti, vida mía.  
(...)  
Cuando a mis plantas estalla  
Por los aires, rebramando,  
Tierra y polvo levantando  
Un buen tiro de metralla,  
Al compás de la batalla  
Humana carnicería;  
En medio de la alegría  
Que dá el triunfo al vencedor,  
Yo siempre pienso en mi amor,  
“Yo pienso en ti, vida mía”.<sup>63</sup>*

*Cuando el patriota soldado  
así que la noche llega,  
al grato sueño se entrega,  
por la fatiga agobiado;  
yo, de desvelo asediado,  
en la noche oscura y fría,  
tan silenciosa y sombría,  
alzo al cielo mi querella,  
y a la luz de cada estrella  
“yo pienso en ti, vida mía”  
(...)  
Cuando a mis plantas estalla  
por los aires rebramando,  
humo y polvo levantando  
un buen tiro de metralla,  
al compás de la batalla  
y feroz carnicería;  
en medio de la alegría  
que da el triunfo al vencedor,  
yo siempre pienso en mi amor,  
yo pienso en ti, vida mía.<sup>64</sup>*

<sup>62</sup> En [Serafín Sánchez]: Ob. cit., pp. 47-51. Este poema figura en la *Biografía...* de Luis Marino Pérez, donde se aprecia una ligera variación, pues en el cuarto verso de la tercera estrofa, se sustituye el adjetivo “marchita”, por “sagrada”, quizás con el objeto de realzar el heroísmo.

<sup>63</sup> Ramón Roa: *A pie y descalzo. De Trinidad a Cuba*, ob. cit., pp. 34-35.

<sup>64</sup> En [Serafín Sánchez]: Ob. cit., pp. 99-102.

La obra poética de Roa no es extensa, pero sí abarcó varios registros y temáticas que solían tener como trasfondo el panorama de la guerra. Entre los poetas villareños en armas, fue el único que sobrevivió —hasta 1912—, por lo que pudo continuar activo en las letras. Esta investigación se circunscribe a las composiciones datadas entre 1868 y 1878, pero su poética continuó evolucionando y amerita, por ello, un estudio integral. En este periodo, el amor aparece frecuentemente en sus poemas, ya como asunto dominante o tangencial. En algunos versos, los seres queridos, y en particular la madre, son evocados desde la nostalgia, con tono grave pero auténtico. En otros, como en el poema titulado “¡No se vaya, Comandante!”, amén del humor que a veces salpica sus expresiones, el sentimiento amoroso se tiñe de erotismo. Esta constituye una zona poco frecuentada por la lírica cubana:

*Muchachitas, jibareñas,  
a sus pies quiero ponerme,  
y si quieren conocerme  
voy a mandarles mis señas.  
No sean duras como peñas  
con quien es su fiel amante,  
y suspira delirante  
buscando una compañera  
que será cuando él se muera  
la viuda de un Comandante.  
Como que soy militar  
me gustan las cosas pronto,  
marcho, llego, me desmonto,  
y enseguida a despachar.  
Si tú me quieres flanquear  
con algún no horripilante  
sigo presto y adelante  
otra muchacha buscando,*

*con que vete preparando  
que allá te va un Comandante.  
Pues, niña, soy jorobado,  
¡y qué célibe es derecho?!  
pero en cambio tengo un pecho  
que es todo amor concentrado.  
Flaco estoy de enamorado  
en un suspiro constante;  
quíereme una y arrogante  
y derecho me pondré.  
Mas di, Florinda, ¿por qué  
no quieres a un Comandante?  
¡A la carga! Yo no entiendo  
de andar despacio, mi vida,  
y que la acción se decida  
sin ir más tiempo perdiendo.  
Con que vete disponiendo  
para un día no distante,  
que vaya yo delirante  
a ofrecerte dicha eterna  
y me digas con voz tierna  
¡No se vaya, Comandante!<sup>65</sup>*

La mujer no fue solo *leitmotiv* de numerosas composiciones poéticas, sino que trascendió por su propio activismo político y/o la incursión en la lírica patriótica. Sobre la poetisa villareña Ana Fernández Velasco (1848-1922), conocida por el seudónimo de Estrella, comenta Luis Lagomasino que, junto a otras mujeres de temple y patriotismo, “alentaba a los villareños a ir a ocupar sus puestos en las filas de la libertad”. Poesía, no de la palabra sino de la acción, había en el gesto de la joven que confeccionó la bandera que tremolaron los villareños, la camagüeyana Inés Morillo Sánchez. Pastora González, hermana de un conspirador, fue la primera mujer villareña que vitoreó la bandera y otras féminas, como Martina

Lorda, se pronunciaron a favor de la insurrección.<sup>66</sup> Tanto la poetisa Anita Fernández, como Pastora González y Martina Lorda, fueron desterradas a Isla de Pinos, en 1870.<sup>67</sup> En Cienfuegos se destacó la poetisa Clotilde del Carmen Rodríguez, conocida por el seudónimo de La Hija del Damují y autora de *Efusiones del alma*.



Clotilde del Carmen Rodríguez

La poesía de la guerra cumplió además una función propagandística, como herramienta política para divulgar tanto las causas del conflicto como los desmanes de las tropas españolas. Los versos estuvieron dirigidos

no solo a levantar la moral de los insurrectos, sino a los cubanos de Occidente que se mantenían expectantes, a los núcleos de emigrados y, en general, al público internacional. Incluso, Castilla y del Busto sugiere que “otra poesía ha de recordarse, la que osa discurrir por el recinto enemigo, entre líneas de soldados y entre delatores que acechan”.<sup>68</sup>

## Epílogo

La poesía patriótica pervivió aún cuando parecía que el Zanjón había impuesto un silencio definitivo sobre las aspiraciones independentistas de los criollos. Ya concluida la guerra, bajo la firma de quien se hace llamar, simplemente, “Un cubano” —sin especificar su nombre ni su localidad natal—, figura un poema titulado “A España”, que resulta bastante simbólico. El mismo resume la postura que adoptaron muchos veteranos, así como jóvenes que en años posteriores militarían en la causa. Se trata de una suerte de protesta, en el campo de la lírica, que aparece fechada en abril de 1878; aunque el texto en que se incluye no fue publicado hasta 1896:

*España, tú no has triunfado  
Por más que victoria cantes,  
Aún quedan almas gigantes  
Llenas de bélico ardor.  
Aún cuenta Cuba con hijos  
Resueltos y valerosos;  
Que correrán presurosos  
En defensa de su honor.*

<sup>66</sup> Luis Lagomasino: “El pronunciamiento de Las Villas en Febrero de 1869”. *Grito de Baire*, junio-julio de 1901, pp. 6-14.

<sup>67</sup> *Suplemento al Cubano Libre*, Camagüey, 5 de agosto de 1870.

<sup>68</sup> Alberto Castilla y del Busto: *Poetas de la Revolución*, pronunciada (...) en la Asociación Nacional de Abril de 1928, p. 35.

(...)  
*Así, Cuba, estremecida,  
 Por el rigor de la suerte,  
 Sabrá, burlando la muerte;  
 Sin descanso combatir.  
 y su estrella que hoy se oculta  
 Entre sus palmas que gimen,  
 Podrá, triunfando del crimen,  
 Más bella y pura lucir.  
 Sobre las verdes colinas  
 De los campos de esta tierra,  
 Donde diez años de guerra  
 Mira el mundo sin piedad;  
 No alcanzarás, pobre España,  
 En tu intrépida demencia,  
 Otra paz que INDEPENDENCIA,  
 Ni otro bien que LIBERTAD.”<sup>69</sup>*

En el periodo finisecular y aún durante las convulsiones sociales del siglo xx, llegó a primar una visión más estrecha respecto a la poesía. La misma estuvo signada por una disyuntiva entre palabra y acción, entre quehacer poético y activismo patriótico, que falsamente obligaba a marchar en una sola dirección. Incluso Rafael Rodríguez Altunaga, en su texto sobre Las Villas, considera que, tras el alzamiento, “las Musas plegaron sus alas, y las Letras enmudecieron para dar lugar al furor de Marte contra un régimen de opresión”.<sup>70</sup>

<sup>69</sup> En [José María Izaguirre (comp.)]: Ob. cit., pp. 78-79.

<sup>70</sup> Rafael Rodríguez Altunaga: Ob. cit., p. 190.

En cierta medida, José Martí sufrió en carne propia una perspectiva de esta índole, pues inicialmente se vio relegado por algunos que lo consideraban solo un literato. Décadas después, un poeta de la talla de Rubén Martínez Villena se sintió conminado a despreciar sus versos para poder reafirmarse como revolucionario. Sin embargo, los poetas de la Guerra de los Diez años no concibieron tal pensamiento. Con ellos la poesía se internó por derecho propio en la manigua. Fue arma de combate, bálsamo para el herido, hondo clarín de pueblo.

Durante las insurrecciones posteriores la poesía volvió a hacer acto de presencia. Constituyó el modo de expresión, más o menos elevado, de las distintas sensibilidades que la coyuntura de la manigua podía generar. Al mismo tiempo, prestó un servicio esencial a la causa independentista, como parte de la socialización de las tropas. Sobre todo, coadyuvó a sostener la moral combativa. Los versos, a través de la prensa o a la manera de las antiguas tradiciones orales, iban más allá de los campamentos, aspecto que contribuyó a configurar la imagen de los sostenedores del empeño independentista.

